

ÍNDICE

PRÓLOGO	11
INTRODUCCIÓN	15
EL PAISAJE DEL GUADARRAMA	23
EL MEDIO	23
EL ESCENARIO	27
EL PIEDEMONTE	31
LOS ENCINARES	33
La dehesa de encinas	39
El declive de los encinares serranos	43
LOS SABINARES SEGOVIANOS.....	48
LAS LADERAS	53
LOS ROBLEDALES	54
El paisaje tradicional de los robledales.....	60
El resurgimiento de un bosque	65
LOS PINARES	69
El aprovechamiento de los pinares.....	76
El gran pinar del Guadarrama.....	83
La ambición por los pinares: un camino de ida y vuelta	90
EL ESPACIO ABIERTO: PIORNALES Y CERVUNALES.....	95
Los antiguos <i>alijares</i> : esplendor y decadencia	99
UN MUNDO DE ROCAS: PEDRIZAS Y CANCHALES	108
Pedrizas y berrocales.....	112
Los diseños del granito	113
Pastores y canteros.....	119
Canchales y pedreras	125
Un desierto vivo.....	126

LOS VALLES.....	133
RÍOS Y REGAJOS.....	135
Los caminos del agua: caceras y regueras	142
DEHESAS, PRADOS Y HUERTAS	146
Un entramado de paisajes: los campos cercados.....	146
LAS CUMBRES.....	155
LAS FIGURAS DEL FRÍO	158
LAS CICATRICES DEL HIELO: HOYOS Y LAGUNAS GLACIARES	162
La belleza y los secretos de los hoyos glaciares	165
UN DECORADO EFÍMERO: LOS VENTISQUEROS	170
El «algodón» del Guadarrama	175
ÍNDICE ALFABÉTICO	185
BIBLIOGRAFÍA.....	193

PRÓLOGO

Atención, lector, no estás ante un libro cualquiera. Trata de una montaña excelente y está escrito por quien mejor puede hacerlo. Su edición es además amplia y bella, su contenido de calidad y su significado –recobrar un paisaje– no puede ser más sugestivo. Y aquí tienes reunidos tema y autor: el asunto es el Guadarrama y el escritor el mejor guadarramista. Y también serrano, raíces que aumentan su crédito.

Ya es buena señal del logro del fondo cabal y de la bella forma de esta obra que en unos años alcance su segunda edición. Sale esta nueva tirada del libro cuando la aspiración expresada en la primera de conseguir la creación del Parque Nacional de la Sierra de Guadarrama acaba justamente de cumplirse. Entre las dos ediciones la esperanza ha cuajado tras un proceso lento. Y seguimos hablando del tema del libro, aunque aquí mis palabras obedezcan a una invitación concreta, a una deferencia de Julio Vías –creo que por tratarse del paisaje de la sierra de Guadarrama– derivada de una amistad que nos reúne una vez más en esta montaña. Es así un honor para mí hacer esta presentación de un libro que regala conocimientos y de un autor al que admiro. Y a la sierra desde dentro.

El libro que estás comenzando a leer nace de una voluntad de dar valor a la montaña, de enseñarla y de respetarla. Quien lo lea verá cumplidas esas tres premisas con el guía más cualificado, paso a paso, por las mismas cuestas serranas del valle a la cumbre. El Guadarrama, entre las montañas del centro peninsular, es el obstáculo vencido en la comunicación entre las ciudades de las dos mesetas. Entendido así es una barrera de viejas rocas del sustrato de la península, piedras rotas y levantadas bruscamente, con rápidos declives y altos collados. Rocas hueso, sin piel en sus cordales y pedrizas, limadas y esculpidas, con bosques en sus flancos y pueblos en sus peanas allí donde el suelo no es ya estéril ni la altitud hostil. El Guadarrama pétreo y boscoso es una escalera de hermosos paisajes para vivir,

contemplar, entender, guardar y disfrutar. El lugar para estar y acudir, fina combinación de paisajes naturales y rurales. Y es un símbolo cultural complementario, cargado de significados, situado en el centro del mapa, materializado en un relieve y contenido, aparte de en sus propios desniveles, en los mundos propios de la ciencia, el arte y la cultura, a la espera de su visitante por los canchales, los bosques, las bibliotecas y los museos. Pese a su trasiego, circunscrito a la sierra caminera, y la presión de sus ciudades próximas, intensa en sus bordes, la sierra ha guardado su secreto interno, sus paisajes retirados y sus hondos sentidos.

Es lo que aquí se muestra a través de los paisajes. Los geógrafos llamamos paisaje a la forma adquirida por los territorios, suma de naturaleza e historia, y a su imagen cultural añadida. El paisaje es una decantación del tiempo en un espacio, un acumulador de evoluciones, cambios y permanencias. Este libro habla, pues, de la sustancia de una montaña. Los paisajes son los rostros, las expresiones que evocan hasta los estados de ánimo del lugar. Y de quienes lo miran. El paisaje es un coloquio entre el entorno y la persona porque en él, escribía Marías, no solo se está sino que se vive. Y no es únicamente un panorama, sino, como tu casa, algo que te tiene dentro.

En los años ochenta recordaba Pedro Fernández Cocero, el profundo cronista de La Granja, cuando el puerto de Navacerrada «era puerto y no rastro o aduar, cuando a ese postigo silvestre se asomaban los lobos, la Institución Libre de Enseñanza y los pioneros del Club Alpino», al tiempo que «fría, afortunadamente remota, La Granja se protegía con el olvido», como una etapa que dejó huella hasta convertirse en marca teórica de la sierra. Pero ya en los treinta algunos intuían un desvío en el uso urbano de la montaña, manifestado por los mismos guadarramistas y hasta por periodistas como Corpus Barga, que hablaba —evidentemente desde Madrid— de una «sierra casi domada», aunque ese «casi que aún le falta para estar domada es el atractivo mayor de la sierra madrileña», y le asombraba que la gente acudiera a un hotel llamado «Sol y Aire, como si fueran productos de su especialidad», cuando durante milenios los hombres, los habitantes y los antiguos viajeros, lo que habían procurado allí era justamente lo contrario: «precaerse contra esos elementos». Las ventas eran hasta entonces, añade, para guarecerse del aire libre, pero ya había comenzado la moda de ir en verano a donde hace más calor y en invierno a donde hace más frío.

Lo que queda de aquel largo tiempo, realmente más que un «casi», incluso lo recuperado, es lo que nos relata, a la vez con precisión, eficacia y cariño, Julio Vías y lo que ha sido más que suficiente para declararlo parque nacional, figura solicitada desde los años veinte. Lo otro, el deterioro, es lo que siempre ha habido que frenar. Cuando Máximo Laguna hacía su informe sobre el aspecto forestal

del Guadarrama, en 1864, indicaba también que «es probable, casi seguro, que en siglos anteriores, ha sido un solo y grande pinar de la especie *silvestre*, el que se halla dividido en trozos desde Navafría hasta Peguerinos», concluyendo que «el estado general de los montes de la sierra de Guadarrama es bastante malo». La labor que se emprendió para remediarlo es lo que ha dado los montes-bosques actuales.

Santamaría, en su obra sobre los paisajes forestales de Segovia, publicada en 1979, se detenía con placer en la descripción de los cervunales serranos, los crocus, las gencianas, las dedaleras, los helechos, las retamas, los pinos, abedules, robles, acebos, tejos, hongos, enebros, piornos, cambroños, al tiempo que detallaba las repoblaciones y los aprovechamientos de Valsaín, El Espinar o Navafría. Resina, madera, leña, cortezas, frutos, pastos, ocio, conservación y sus tareas entraban en el panorama con igual realismo como las dos funciones, la productiva y la social, de tales montes. No olvidaba los comportamientos negativos cíclicos de los visitantes, visibles en las manchas del aceite dejadas por sus coches, de los detergentes para sus lavados o el abandono de trapos sucios, «latas, botes, botellas, plásticos...». El cuadro era fiel y dantesco: «se rompen arbustos; se desgajan ramas; se destruyen nidos y hormigueros...». Entre todos estos escenarios era, por tanto, necesario elegir, para lo que era previo ordenar. En esta riqueza con muchos pretendientes era imprescindible hacer distinciones, dar prioridades, encauzar actuaciones.

Si abres las páginas de este libro verás que asoman retamas y piornos, piedras berroqueñas, extensos pinares, arcos escondidos, sobrevuelan las páginas buitres negros, se trazan caminos con gabarreros, ordenadamente, unos tras otros. Cierras los melojares y aparecen los piornales. Dejas estos y caminas junto al monasterio. Estás en la sierra en cada párrafo.

El acercamiento es progresivo desde los terrenos de las dehesas basales, los paisajes de cercas, veredas, tierras labrantías, rasos pelados y a veces encinas caudalosas, fresnos mochados, jarales, plantas aromáticas, enebros y retamas, que hablan tanto del provecho del habitante como de las solanas, los cierzos y los suelos pedregosos. Luego asciende nuestro guía por las laderas largas de declives fuertes, por las matas de rebollares y los pinares característicos, «un universo de pinares» de oriente a occidente, hasta los piornales y enebrales de altitud, la cumbre de roca, matorral y pradera, mientras un desfile de fotografías permite el tránsito visual de paisaje en paisaje.

El objetivo del autor es adentrarnos en la sierra y acercarnos a quienes la habitan, al ganadero, a los viejos gabarreros y carboneros, en constante relación con la naturaleza, mediante un uso particularmente rico de los nombres de los lugares, de los objetos, de los trabajos y de la historias. Aprendemos castellano vernáculo en las labores y en los paisajes del Guadarrama y, acabada la lectura del libro, no

dudaremos ante los *alijares*, *agostaderos*, *verdinales*, *raigales*, *centellados*, *cadozcos*, *berrenes* o las *cerradillas*, *salegas*, *derrotas* y *turbias*. Nada falta, ni el «entramado de paisajes» de los campos cercados ni la nevada que Quevedo describía en dos versos: «Llueven calladas aguas en vellones/blancos las nubes mudas».

No es este un libro más de la sierra: es la sierra en un libro.

Eduardo Martínez de Pisón

INTRODUCCIÓN

Cuando salió a la calle la primera edición de este libro, hace ahora una década, todavía estaba en mantillas el larguísimo y enmarañado proceso político y administrativo que ha dado lugar a la reciente declaración del Parque Nacional de la Sierra de Guadarrama. Mucho ha llovido desde entonces, y en este tiempo no solo se ha convertido en una realidad este ansiado espacio protegido, por el que tanto ha peleado durante años el conservacionismo español en bloque, sino que también se ha creado otra importante figura de protección a lo largo de toda la vertiente segoviana de la sierra: el denominado Parque Natural Sierra Norte de Guadarrama. El Guadarrama queda así, en gran parte, teóricamente salvaguardado por estas dos figuras legales de protección y la preexistente del Parque Regional de la Cuenca Alta del Manzanares, lo cual no es poca cosa para lo que podíamos esperar en los años finales del siglo pasado.

Sin embargo, nuevas circunstancias desfavorables dejan poco lugar para el optimismo. La sierra de Guadarrama es una montaña con mala suerte que llega siempre tarde a los llamamientos históricos para su conservación. En 1929 se perdió la primera oportunidad para convertirla en el que hubiera sido el tercer parque nacional de nuestro país y, casi un siglo después, en 2013, recién declarada como tal una parte muy mermada de su territorio, la sierra tiene que enfrentarse a un aluvión de normativas de corte neoliberal, como la nueva Ley de Parques Nacionales, que parece estar más encaminada a rentabilizar comercialmente nuestros mejores espacios naturales que a conservarlos para las generaciones futuras. Otras leyes parecidas de rango regional añaden todavía más incertidumbre al futuro del Guadarrama, como la Ley de Viviendas Rurales Sostenibles –la llamada «ley Virus»– y la Ley de Medidas Fiscales y Administrativas, que pretenden abrir la puerta a la urbanización difusa del medio natural y a iniciativas privadas excluidas hasta ahora en los espacios naturales protegidos de la Comunidad de Madrid.

A todo esto hay que añadir el hecho de que muchos de los paisajes de los que trata este libro se han quedado sin el amparo que proporcionan las tres figuras de protección mencionadas. Una gran parte de los encinares de los dos piedemontes –segoviano y madrileño–, muchos de los robledales de las laderas, los pinares de la cabecera del valle de El Paular y grandes extensiones de dehesas de fresno del piedemonte y de los valles han quedado fuera del ámbito territorial del Parque Nacional de la Sierra de Guadarrama y de los dos parques regionales que lo abrazan por ambas vertientes.

Por todo ello, para sacar a la calle esta segunda edición ha sido necesario actualizar el texto con el fin de adaptarlo a esta nueva realidad que se ha abierto en la sierra de Guadarrama tras la creación de los dos nuevos espacios protegidos y la aprobación de las leyes mencionadas. Por esta misma razón, me he permitido también cambiar el título para adecuarlo a las nuevas circunstancias, y de *La Sierra de Guadarrama: biografía de un paisaje* pasa a titularse *Parque Nacional de la sierra de Guadarrama. Guía para contemplar su paisaje*. No hace falta decir que el ámbito territorial del que trata sobrepasa ampliamente los límites del parque nacional, pues nuestra mirada contemplativa y apasionada alcanza mucho más allá de cualquier divisoria administrativa impuesta por uno de los peores enemigos del paisaje: la burocracia.

Sin embargo, a pesar de este título, cualquiera se dará cuenta enseguida de que el libro no es una guía de senderismo o de naturaleza al uso. Aquí, en lugar de rutas e itinerarios, se describen paisajes y se dan las claves para su contemplación sosegada. Quizá algunos lectores se sientan defraudados por esta carencia, pero el autor siempre ha tenido la íntima convicción de que en la montaña, en especial en una tan próxima y transitada como es la sierra de Guadarrama, hay que dar vía libre a la imaginación y a la aventura –a la aventura de verdad– y saber buscar el camino por los propios medios. De esta forma se puede llegar a ese lugar recóndito y maravilloso que no aparece en las guías, sintiéndose uno mismo como su verdadero descubridor tras muchas horas de *probar la sierra* al más puro estilo del senderismo medieval y aventurero de Juan Ruiz, *Arzobispo de Hita*.

Provar todas las cosas el apóstol lo manda
Fui yo a provar la sierra é fiz loca demanda
Perdí luego la mula é non fallaba vyanda
Quien más de pan de trigo busca, sin seso anda...

Y tras esta declaración de principios entramos en materia. Son muchos los valores naturales y culturales que ofrece la sierra de Guadarrama pero, sin duda, el que más ha contribuido a darle ese carácter de «montaña símbolo» que le hace destacar entre otras cordilleras ibéricas es su paisaje, un paisaje que ha desempeñado un protagonismo extraordinario en todos los ámbitos de la ciencia y de la

cultura españolas, y que desde hace más de medio siglo viene sufriendo un acelerado proceso de deterioro por la incursión en su ámbito de nuevos y arrolladores valores urbanos procedentes de la cercana urbe madrileña. No hay más que ver los tremendos despropósitos urbanísticos y estéticos perpetrados en numerosos pueblos y aldeas de las dos vertientes de la sierra.

Afortunadamente, tras décadas de despreocupación por estas cuestiones hace ya treinta años vimos renacer en España el interés por los valores intrínsecos al paisaje de nuestros campos, costas y montañas, valores que ya reivindicó, divulgó e hizo visibles antes de la guerra la Institución Libre de Enseñanza. Con el impulso de la normativa de la Unión Europea, este renacido movimiento se inició en el ámbito académico, incorporando a la tradicional perspectiva espacial de la Geografía el más reciente enfoque sistémico de la Ecología y una necesaria dimensión histórica y cultural que en conjunto permiten abordar con mayor amplitud de miras los apremiantes problemas que plantea la conservación de este importante legado. Desgraciadamente, este interés no ha conseguido ir mucho más allá del ámbito académico y de la encomiable labor de unas pocas instituciones públicas y privadas, como el Instituto del Paisaje, y hoy el paisaje sigue siendo el gran olvidado en las políticas ambientales y educativas de las administraciones.

Y esta es la razón de ser de este libro, que aspira, siguiendo esta línea multidisciplinar y fuera de cualquier otra pretensión para la que su autor no está preparado, a servir de guía para contemplar y comprender un paisaje consagrado, el de la sierra de Guadarrama, que a fuerza de ser admirado es, para muchos de sus devotos, casi un desconocido. Pero para ello hay que insistir sobre la idea de que el paisaje no es solo un espacio físico más o menos susceptible de ser contemplado con la mirada. A su forma, a su disposición espacial hay que añadirle otras claves que no solo alcanzan a su dinámica natural y a las relaciones internas entre sus componentes, sino también a su relación secular con el hombre que lo habita, que ha contribuido decisivamente a modelarlo y que, además, le ha añadido ese componente cultural que hoy es parte insoslayable de la misma esencia de algunos paisajes especialmente simbólicos, como el que a la sazón nos ocupa.

Es sabido que no hay dos modos iguales de ver el paisaje, y ello es así porque la sensibilidad del observador condiciona en todo su capacidad de percepción, lo que Gregorio Marañón, en su ensayo sobre el filósofo y pedagogo krausista de origen suizo Henri Frédéric Amiel, expresó de forma más sugerente al afirmar que «para ver un paisaje es necesario vivir dentro de uno mismo»¹. La particular apreciación de cada uno de nosotros se ve influida por factores subjetivos y culturales que hacen que nuestra mirada proceda selectivamente dando preferencia a unos

1 MARAÑÓN Y POSADILLO, Gregorio: *Amiel*. Madrid: Espasa-Calpe, 1956, p. 200

matices sobre otros. La mirada superficial del contemplador no iniciado en los secretos del paisaje ve, por supuesto, la misma imagen que la mirada sutil y cargada de experiencia del más profundo conocedor de sus manifestaciones ocultas, pero nunca ambos ven lo mismo. Así, mientras que para uno la mirada se detiene en lo material y queda, a lo sumo, enganchada en el terreno, para el otro se van abriendo ventanas insospechadas por las que se descubre el hondo significado de las formas, de las luces y colores, del mosaico que componen la vegetación y el roquedo, de las huellas del tiempo y de los climas pretéritos, de la secular actividad del hombre, e incluso de valores mucho más inmateriales, como el cúmulo de miradas anteriores a la nuestra que se han ido añadiendo al paisaje como un sedimento depositado en finas capas por aportaciones de las artes, las letras, el pensamiento y la ciencia, dotándole de un marchamo, de un sello de calidad que no hace sino consolidar y consagrar definitivamente sus valores culturales.

El paisaje, por todo ello, es algo vivo y en continua evolución, tanto en sí mismo como en nuestro subconsciente cultural, y sería absurdo, en aras de su conservación, convertirlo en algo estático e intocable. La protección del paisaje que deberían garantizar los nuevos espacios naturales protegidos de la sierra de Guadarrama nunca podrá consistir en esto último, sino en preservar, dentro de su funcionalidad, sus dos categorías fundamentales de valores, los propiamente físicos y los culturales, casi nunca tenidos en cuenta hasta ahora ante el radical cambio de usos experimentado por extensas zonas del territorio serrano.

Ante la mala gestión que las administraciones regionales vienen realizando en lo que se refiere a la ordenación del territorio en la zona, es lo más probable que, como viene ocurriendo desde hace décadas, la urbanización ambientalmente descontrolada seguirá siendo la principal amenaza que se cierne sobre el paisaje y sobre otros valores naturales de la sierra de Guadarrama y de su entorno inmediato. Esto constituye un problema especialmente alarmante ya que, a diferencia de otros impactos ambientales sin duda graves pero a veces corregibles con el tiempo y con costosas inversiones, como los incendios forestales o los vertidos contaminantes, la destrucción del paisaje por una mala planificación urbanística es un proceso prácticamente irreversible.

En este sentido, y ante la violenta presión especulativa que previsiblemente continuará asediando a la sierra de Guadarrama desde los mismos límites del nuevo parque nacional y de los otros espacios protegidos, amenazándola cada vez más con convertirla en una isla de naturaleza rodeada por un mundo de asfalto, solo cabe esperar que los errores del pasado sirvan de lección de lo que nunca debiera volver a ocurrir. Es precisamente a esto a lo que se refería el catedrático de Análisis Geográfico Regional de la Universidad Autónoma de Madrid, Rafael

Mata, cuando, en su ponencia pronunciada en el primero de los cursos de verano de El Escorial dedicados al Guadarrama con motivo de su anunciada protección integral, hace ya más de una década, resaltaba la necesidad de que las planificaciones urbanísticas regionales competentes «hagan del parque un argumento garantizando y fomentando sus funciones de conservación y de uso público mediante un adecuado tratamiento de actividades e infraestructuras en su entorno»². A ello se refería igualmente Jesús Casas, uno de los más cualificados expertos de nuestro país en la protección de espacios naturales, cuando, de forma más poética, manifestaba su esperanza de que el nuevo parque nacional pueda cumplir su función no solo «guardando celosamente los tesoros del Guadarrama, sino también exportando a su entorno inmediato un modelo, una alternativa, otra manera, ya la única posible de entender el desarrollo»³.

Con las declaraciones respectivas del Parque Nacional de la Sierra de Guadarrama y del Parque Natural Sierra Norte de Guadarrama deberían quedar definitivamente atrás, como un mal recuerdo, los tiempos en los que la desesperanza era el sentimiento común entre los defensores de la idea de que estas montañas deben ser preservadas para las generaciones futuras. Este sentimiento, para quienes por su edad no pueden recordar lo que significaron para el Guadarrama aquellos duros tiempos del desarrollismo sin escrúpulos de la sexta y séptima décadas del siglo pasado, se deja traslucir de la lectura de un breve y valiente ensayo publicado en 1972 por un joven geógrafo conservacionista vinculado a la Asociación Española para la Ordenación del Medio Ambiente, en el que, entre otros desafueros ambientales perpetrados en España por aquella época, se denunciaba el enorme impacto en el paisaje teóricamente protegido del entorno de Peñalara producido por las obras para la construcción de una gran estación de esquí. Su párrafo final, titulado significativamente «Apéndice amargo», constituía un verdadero réquiem por la sierra de Guadarrama:

Pero sí voy a contar al lector algo que éste quizá ignora: la historia del sistemático destrozo y abandono de algo que nuestros abuelos consideraron digno de legarnos intacto. Es lógico que así haya sido pues no otra cosa es lo que ha pasado con todo lo que nació de la espléndida cultura española de aquellos años. Un Peñalara respetado hubiera sido un hecho incongruente con la historia nuestra de estos últimos decenios. Pese a todo, pienso que debería estar más curtido y no sentir, como siento, al comenzar el relato de este penoso

2 MATA OLMO, Rafea: «La sierra de Guadarrama: territorio, sociedad e iniciativas de protección», *La sierra de Guadarrama: un reto de protección integral*. Madrid: Fundación para la Investigación y el Desarrollo Ambiental (FIDA), 2002, p. 40.

3 CASAS GRANDE, Jesús: «El Guadarrama. Apuntes para diseñar un futuro», *El Guadarrama. Sinfonía inacabada*. Madrid: Fundación para la Investigación y el Desarrollo Ambiental (FIDA), 2001, p. 60.

dislate, uno entre tantos otros, un especial bochorno. El hecho está ahí; no obstante avergüenza contarlos...⁴

Treinta años después, inaugurando aquel memorable primer curso de verano de El Escorial dedicado al Guadarrama con motivo del entonces recién anunciado proyecto de su declaración como parque nacional, Eduardo Martínez de Pisón, aquel joven conservacionista de los años setenta ya convertido desde su cátedra de Geografía Física en uno de los impulsores más destacados del nuevo y más respetuoso sentido que va adoptando el guadarramismo moderno, recordaba unas palabras escritas por él mismo poco tiempo antes, tras un recorrido por el circo y la cumbre de Peñalara ya recuperados tras el desmantelamiento de la estación de esquí de Valcotos. Estas líneas, plenas de ilusión y esperanza por la realización de ese pequeño milagro que nos parece en estos tiempos la recuperación de un paisaje natural desfigurado por el hombre, fueron casi un presagio del futuro más prometedor que se iba a abrir poco después para uno de nuestros espacios naturales más simbólicos:

Pero si usted caminara ahora por ese lugar asistiría al prodigio insólito de un paisaje devuelto, de una montaña recuperada. Este rescate indica que hay una nueva manera de entender y de hacer las cosas, como resucitar un valor y un cuadro natural que creíamos enterrados, y que es igualmente posible hacerlo en otras partes, que sería factible que se propagase el ejemplo en una onda al resto de la sierra, a todas nuestras montañas. En nuestros tiempos, Peñalara es el testimonio de que ha existido un quijotesco acto de civilización basado en la concepción de la montaña como cultura y como espacio de libertad.⁵

No puedo dejar de mostrar aquí mi reconocimiento, que es el de toda la sociedad, a todos aquellos que han peleado con pasión, codo a codo, durante estos últimos doce años para conseguir la protección definitiva de la sierra de Guadarrama, un objetivo común perseguido desde hace casi un siglo y hacia el cual se han dado pasos importantes, aunque a muchos nos parezcan todavía muy insuficientes. Son miles de personas las que han participado en actividades y movilizaciones de todo tipo y adscripción ideológica en defensa de la sierra, iniciativas entusiastas que se han ganado ya un pequeño lugar en la historia del conservacionismo en España: las mesas redondas, manifestaciones y campañas de recogida de firmas promovidas por ONGs y asociaciones ecologistas, como Centaurea y Ecologistas en Acción; los cursos de El Escorial y La Cristalera dedicados durante años a la protección de la sierra de Guadarrama por las universidades Complutense y

4 MARTÍNEZ DE PISÓN, Eduardo: «La destrucción del paisaje natural en España». *Colección Los Suplementos*, n.º 31. Madrid: Editorial Cuadernos para el Diálogo, 1972, p. 31.

5 MARTÍNEZ DE PISÓN, Eduardo: «Sierra de Guadarrama: pasado, presente y futuro de un concepto», *La Sierra de Guadarrama: un reto de protección integral. op. cit.* pp. 34-35.

Autónoma de Madrid; las marchas Allende Sierra, los Aurrulaques o los ciclos de conferencias y debates organizados por instituciones como la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando y el Ateneo de Madrid han llenado unos años frenéticos e inolvidables –y también, por qué no reconocerlo, salpicados de tensiones y desencuentros– transcurridos desde que en 2001 se hiciera público el proyecto de creación del Parque Nacional de la Sierra de Guadarrama.

Y en lo que atañe al libro que el lector va a comenzar a leer, únicamente me queda reiterar mi gratitud, manifestada hace diez años en la primera edición, a las personas que con su ayuda lo hicieron posible. Solo a una quiero citar aquí expresamente, y es a mi amigo Pedro Heras Riesgo, presidente de la Sociedad Castellarnau de Amigos de Valsaín, La Granja y su entorno, que se supera a sí mismo en la labor desinteresada, independiente y apasionada que esta asociación lleva a cabo para la conservación y divulgación del gran patrimonio natural y cultural que conserva la sierra de Guadarrama.

Miraflores de la Sierra, 27 de enero de 2014